

Lecturas

Libro del desasosiego

La prosa lírica de Thomas Wolfe en *Una puerta que nunca encontré*



ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

La prosa lírica y elegiaca de **Thomas Wolfe** (1900-1938) tiene un componente autobiográfico que, lejos de ensimismarla, la universaliza y expande. Si en **El niño perdido** evocaba la muerte de su hermano Grover, en **Una puerta que nunca encontré** son la vuelta a casa, la soledad y la muerte del padre las que cobran importancia: «Mi vida, más que la vida de cualquiera que haya conocido, ha transcurrido en medio de la soledad y la errancia. Por qué o cómo llegó a ocurrir es algo que nunca he sabido. Pero así son las cosas».

La descripción de un mundo que pasa por el océano de sentimientos del autor impregna la narración en los cuatro cuadros que componen el relato. La quietud y no la acción, el fluir del ambiente por la memoria y el alma del narrador es lo que engrandece estas páginas. La estampa impresionista, modelada una y otra vez por la inabarcable plasticidad expresionista de que es capaz el autor, hace florecer en la mente del lector, con la inmediatez de abril, una inacabable secuencia de manieristas sensaciones destinadas a convertirse, con la contundencia de octubre, en humus perdurable, en imágenes imprescindibles:

«Pensaba: "Octubre es la estación del regreso, el tiempo de anhelar todo lo perdido, incluso los amores perdidos. Las bocas de los jóvenes están secas y amargas a causa del deseo: sus corazones, nuestros corazones, fueron heridos con las espinas de la primavera; con las espinas de abril, cruel y florido".

»Pensaba: "La primavera no tiene lenguaje, sólo un grito. Aun así, más cruel que abril es la serpiente del tiempo"».

Ese empleo de la Corporación Administrativa de Seguridad que el narrador y una amiga contemplan sentado ante su escritorio sin hacer nada; esos universitarios ingleses; la casa paterna o esos conductores de camiones, rudos y heroicos



Una puerta que nunca encontré
Thomas Wolfe
Periférica, Cáceres, 2012
Traducción de Juan Sebastián Cárdenas
101 páginas

De Thomas Wolfe, como de todos los grandes autores, casi es inútil hablar, lo que hay que hacer es leerlo

por las rutas estadounidenses, son potentes lienzos concebidos en soledad a la luz del crepúsculo.

De Thomas Wolfe, como de todos los grandes autores, casi es inútil hablar, lo que hay que hacer es leerlo: «La hierba escarchada, afilada como un bosque de pequeños cuchillos de hielo, se derrite al mediodía: el verano ha terminado, pero el sol calienta de nuevo y hay días de oro y carmín sobre la tierra. El verano ha muerto, la tierra espera, el suspense y el éxtasis roen los corazones de los hombres. El sol arde con tonos sangrientos a medida que se pone, hay destellos colorados en los cubos maltrechos, el gran establo adquiere la antigua luz mientras el chico vuelve a casa con la leche tibia y espumeante».

Pensar, sentir, decir

Segunda oscuridad, la prueba de que Andrés Trapiello no renuncia a estar también en la primera fila de la poesía



JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

No es **Andrés Trapiello** uno de esos autores que buscan sorprender y deslumbrar al lector con cosas nunca vistas en cada nueva obra. Todo lo contrario: hace alarde de escribir siempre «el mismo libro» (para decirlo con un título suyo), de seguir fielmente las tradiciones (otro de sus títulos). Y sin embargo cada nueva publicación suya, aunque lo leamos desde hace más de treinta años, nos produce un renovado asombro.

¿Cómo es posible escribir hoy de los lirios y las rosas, de las golondrinas y de las estrellas, de las cosas del campo, de los amores domésticos y no sonar a trasnochado, manoseado neorromanticismo? Desdeñar la originalidad puede ser, y en este caso lo es, una de las más seguras maneras de conseguir la originalidad.

Segunda oscuridad toma su título de una cita de **Antonio de Solís**: «Íbalse acercando la noche, que en tierra no conocida trae sobre los soldados segunda oscuridad». La noche que se va acercando ahora al poeta es la de la muerte, definitiva oscuridad, a la que sin embargo se invita a formar parte de la vida. Aparece en el primer poema, «Mesa», y en el último, «Niños en la calleja», y ambos representan bien los dos contrapuestos modos de entender el poema que se entrecruzan en el libro.

El primero describe un objeto cotidiano, la mesa de trabajo, a la que se desaloja de los objetos habituales que la ocupan y se la llena de otros nuevos y sorprendentes («vino también la muerte, celosa de tal orden, / y me sirvió de vaso: puse en ella una rosa») para convertirla en símbolo del poema.

«Niños en la calleja» es un poema narrativo y realista, casi costumbrista. Unos adultos que leen, al anochecer, en el jardín de su casa oyen la charla ingenua de unos niños y cómo disimulan el miedo ante una callejuela oscura. Los últimos versos, sin levantar la voz, nos hablan de otro miedo y otra senda oscura: «A la primera estrella fugaz que vea esta noche / le pediré eso mismo: alguien que al lado, / cuando llegue el momento de partir, / me asegure fingiendo que el camino / no puede darme miedo, y yo lo crea».

Quevedianamente la muerte camina de la mano del poeta en el segundo poema del libro, mientras que en el tercero —una borgiana y a la vez nada borgiana enumeración caótica— el poeta se convierte en traductor «de los cantos rodados del camino, / de los pájaros grises y sin nombre», de toda la ignoraba belleza del mundo.



Segunda oscuridad
Andrés Trapiello
Pre-Textos, Valencia, 2012.2.

Contra lo que pudiera parecer, **Andrés Trapiello** es poeta de pensamiento tanto como de sensaciones y emociones. Pero su filosofía gusta más de la imagen precisa que de la abstracción. «Madreselva» utiliza el perfume de unas flores recién cortadas y puestas en un vaso para hablarnos de la cueva platónica y de la metafísica flecha que no llega nunca a su destino y del amor, «que mueve el cielo y las estrellas», otro de los grandes temas del libro.

La brújula EUGENIO FUENTES

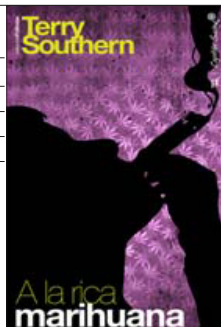
A la rica marihuana y otras especias...

Terry Southern

Traducción de Kosian Oliver

Capitán Swing

280 páginas. 19 euros



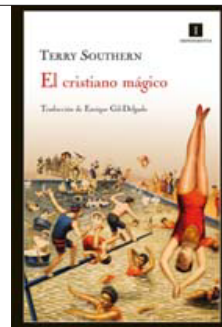
Novela, relatos y artículos de un emblema contracultural

Figura señera de la contracultura y precursor del llamado nuevo periodismo, **Terry Southern** (1924-1995) fue una figura tan excesiva como influyente cuya impronta se extendió también al ámbito cinematográfico.

Forjado en las cavas parisinas de humo y jazz entre 1948 y 1952, Southern se instaló

después en Nueva York, donde comenzó a desarrollar su carrera literaria a la par que la «beat generation». Irónico hasta el sarcasmo, ácido hasta la corrosión, rebelde hasta autodestruirse, Southern es además un magnífico dialoguista, talento que aplicaría con éxito a su faceta de guionista cinematográfico. Películas como

¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú —que le convirtió en uno de los escritores más celebrados y reclamados de la década de los 60— **Casino Royale** o la mítica **Easy rider** —sobre la autoría de cuyo guión se peleó amargamente



con **Denis Hopper** y **Peter Fonda**— contaron con su participación, no siempre reflejada en los créditos.

Coinciden estos días en las librerías españolas dos oportunas ediciones de obras de Southern. Por un lado, **A la ri-**

El cristiano mágico

Terry Southern

Traducción de Enrique Gil-Delgado

Impedimenta

148 páginas. 17,30 euros

ca marihuana... (1967), un volumen multiforme en el que incluyó algunos de sus mejores relatos y reportajes. Aquí está, por ejemplo, «Bastoneando en Ole Miss», una pieza sobre una escuela de majorettes de Misisipi que, por la introducción —generosa introducción— del punto de vista subjetivo, ha sido considerada hito auroral del «nuevo periodismo». Junto a ella, cuentos como el supremo «La carretera que sale de Axotle» dan fe de la talla de Southern.

El cristiano mágico, varios años anterior (1959), es la novela en la que el texano quintaesencia su mordacidad, sirviéndose de la figura de Guy Grand, un supermillonario que disfruta comprobando hasta dónde la gente se humilla por dinero. Las ideas delirantes —poner, por ejemplo, a un pigmeo al frente de un estudio de publicidad o ir modificando el lenguaje de un periódico hasta hacerlo absurdo e insostenible— se suceden en la obra parpadeante y gozo del lector.